

Encuentro Nacional de Consiliarios Diocesanos

“El acompañamiento en la tarea del consiliario de ACG”

Acción Católica General

Encuentro Nacional de Consiliarios Diocesanos

Madrid, febrero de 2017

“Llamados a acompañar”



Acción Católica General

Contenidos

- I. Presentación del encuentro. 4
 (Manuel Verdú, Consiliario General de ACG.)

- II. Ponencia sobre el acompañamiento. 6
 (Padre D. Germán Arana, s.j.)

- III. Retiro espiritual. 18
 (Dirigido por D. José Antonio Álvarez,
 viceconsiliario de Manos Unidas)

Presentación del encuentro

Manuel Verdú Moreno
Consiliario General de ACG

Comenzamos el Encuentro Nacional de Consiliarios Diocesanos de Acción Católica General. Este quiere ser un espacio donde formarnos, rezar juntos y compartir los aspectos concernientes a nuestra tarea como consiliarios diocesanos.

Precisamente, una de esas tareas es la del acompañamiento que, aunque sabemos, no es tarea exclusiva del sacerdote, si adquiere una especificidad concreta en el ejercicio de nuestro ministerio.

Vivimos en una sociedad en la que aquel, que tras un encuentro con Cristo en su vida, quiera comenzar un camino de seguimiento, necesita la presencia cercana no solamente de hermanos con los que compartir la fe y la vida, sino también de sacerdotes cuya vida entregada es consecuente de su propio ministerio. Hemos recibido de Dios el regalo de la vocación para hacerlo presente a Él en medio de su pueblo y para guiarlos, por los caminos del Evangelio, en la confianza de que el encuentro pleno con Cristo se convertirá en signo de esperanza en la vida de cada uno.

Por tanto, como Consiliarios Diocesanos, quizá no tengamos que ocuparnos del acompañamiento personal de cada persona, pues para esa tarea cada uno puede recurrir a su párroco, pero sí que debemos velar por mostrarnos cercanos a todos aquellos que, en mayor o menor medida, ejercen una responsabilidad dentro de la Acción Católica General. Un acompañamiento donde poder comprobar que su servicio es fruto de la vivencia de la fe, no de un mero voluntarismo por atender las necesidades de la asociación. No todos los laicos han de ser acompañantes, ni todos tienen por qué ejercer ninguna responsabilidad, pero sí todos necesitan o necesitamos ser acompañados. El buen acompañamiento pasa porque cada uno descubra lo que Dios le pide en cada momento y viva la generosidad en su respuesta.

Valoremos esta hermosa tarea que el Señor pone en nuestras manos. Acerquémonos con reverencia y respeto. Y pidamos, constantemente, la gracia del Espíritu Santo para que sepamos suscitar, en todos aquellos que se acerquen a nosotros, la necesidad de caminar más y más hacia Jesús.

Ponencia sobre acompañamiento

Padre Germán Arana, s.j

La especificidad de la Acción Católica es lo que podríamos llamar la pastoral del pueblo de Dios, dicho sencilla y llanamente, es decir, esa apertura a lo que es la totalidad de la comunidad cristiana.

Últimamente, este tema del acompañamiento personal y pastoral, lo que podríamos llamar la relación de ayuda pastoral, se ha puesto bastante de moda. Antes era un tema cerrado en el mundo consagrado, en el mundo de la formación clerical y en el mundo de la formación religiosa y era muy raro que en un ámbito de pastoral general, sobre todo en los laicos, que esto se pusiera de relieve. Sin embargo, hoy se va poniendo de manifiesto que es una necesidad perentoria abordar esta cuestión, y viene de dos fuentes, a parte de la insistencia del Magisterio pontificio, ya que este tema está presente tanto en *Evangelii Gaudium* como en *Amoris Laetitia* donde el Papa ha puesto el acento de la pastoral familiar en el discernimiento, es decir, no en una aplicación automática de la ley a la conducta de la persona, sino en que esa aplicación viene mediada por un proceso de discernimiento, que lógicamente levanta el corazón y las expectativas de cada cristiano al ideal del Evangelio pero en la gradualidad y en el carácter circunstancial de su propia situación. Por tanto, pone de nuevo el acento en un proceso de discernimiento que va a requerir una atención a los procesos personales.

Como decía, junto al Magisterio reciente, a esto se añade, una doble cuestión que hace crecer la perentoria necesidad de este servicio nuestro. Una **de naturaleza cultural**, vivimos en una cultura donde la gente pasa olímpicamente de los grandes relatos, de los grandes pronunciamientos, porque los grandes modelos de tipo económico, social, programático en gran parte se han ido desdibujando y la gente se ha centrado en el interés de lo que le afecta a ellos inmediatamente; que lógicamente eso tiene también una contrapartida, una tendencia excesiva al intimismo de las posturas y un cierto individualismo. Pero ahí hay un reclamo cultural que no se nos escapa a la acción pastoral y es que si la persona no se siente concernida existencialmente por lo que ella vive y por las expectativas concretas de su propia vida el interés del gran relato decae, porque hay una desconfianza radical en todo eso, una desconfianza de naturaleza cultural por los procesos de fatiga por los grandes modelos que se han demostrado relativamente insuficientes para colmar las expectativas existenciales de la gente; incluso desde una perspectiva absolutamente secularizada.

Y la segunda razón es **de naturaleza eclesial**. La implantación de un adulto creyente serio en la sociedad humana hoy es una realidad muy compleja. A ese adulto no le

basta el apoyo inmediato de la comunidad cristiana que le asiste, llámese parroquia, llámese movimiento apostólico, llámese vida de familia. Hasta hace no mucho la uniformidad social y religiosa de nuestra gente ofrecía una cobertura comunitaria de tal naturaleza que acompañaba suficientemente al creyente desde el nacimiento hasta la muerte. Hoy eso no es posible. Hoy un cristiano adulto se encuentra en una frontera con muchas alternativas muy diversas, complicadas, y se le impone una necesidad no solamente de discernir sino de crecer y de madurar en la vivencia de su discipulado, de la iniciativa del Señor en el contexto de su vida y, para eso, necesita el refrendo de un acompañamiento personal. Es decir, la nutrición pastoral que ofrece su adscripción comunitaria a la Iglesia, vivida en el ambiente que sea, no le va a bastar ante las alternativas que la vida le va poniendo como creyente y en las cuales tiene que madurar. Y aquí es donde radica la tarea del consiliario, en aceptar esta función de acompañamiento desde nuestra perspectiva sacerdotal.

Sabemos que el acompañamiento personal no es exclusivo del sacerdote, el laico lo puede hacer, pero no desde cualquier condición. Si me permiten una observación, uno de los problemas de los procesos de secularización de nuestro mundo es que hay una cierta desconfiguración vocacional tanto de los laicos como de nosotros mismos los sacerdotes, en el sentido de que el laico se está clericalizando en exceso, y los curas nos hemos secularizado demasiado, es decir nos hemos limitado a ser animadores sociales de la pastoral eclesial pero se nos escapa la complejidad, muchas veces, de los problemas que vive la gente, en la cual y en esas distancias cortas se juega y de una manera muy sustancial la eficacia de nuestra acción pastoral. Por tanto, **hay que retomar inmediatamente ese servicio**. En este sentido, esta distinción entre el acompañante laico y el acompañamiento por parte del consiliario como sacerdote, conviene señalarla que, como os decía, no es prerrogativa del sacerdote pero sí que es esencial de la tarea pastoral del consiliario, cosa que no lo es del laico. El laico podrá dedicarse a eso o no, según los dones que reciba de Dios y la capacidad de formación que tenga, pues algunos laicos pueden tener un olfato espiritual grande y un buen espíritu de discreción que es algo fundamental en esta tarea. Por tanto, así como para un laico no es una tarea esencial para los sacerdotes sí, es decir, la función del consiliario no va a ser solamente la guía de la maduración cristiana de los dirigentes y de la comunidad en su conjunto, sino que es la atención personal que prepara a los laicos, que son los que “tiran del carro”, los que dirigen la asociación y los que marcan la opción pastoral, y toda la dinámica de la vida de la Iglesia, para asegurar que sean hombres y mujeres que respondan a la iniciativa de Dios en su vida. Ahí está nuestra tarea.

Una tarea que en el sacramento de nuestro ministerio pone de manifiesto lo que podríamos llamar la **actualidad singular de la salvación**. ¿Qué quiero decir con esto? Luego me referiré a los grandes paradigmas del acompañamiento espiritual o la dirección espiritual. El paradigma fundamental es la **relación de Cristo con los**

apóstoles y la acción pastoral de Jesús, ahí es donde nosotros básicamente aprendemos este oficio, este ministerio. Y ahí encontramos siempre un doble plano. Un doble plano que por otra parte es correspondiente, que no exclusivo el uno del otro: uno de **acción comunitaria**, Jesús que siente compasión por las masas que andan perdidas, como ovejas sin pastor, y marca una línea, con la enseñanza y la predicación fundamentalmente; y una **relación directamente personal**, concentrada sobre todo en las escenas de curación, donde la relación con el Señor produce una profunda transformación inmediata de la persona en el aquí y ahora de su vida, y donde a partir de la situación en que la persona se encuentra se ve envuelta en una relación que le salva y de la cual Jesús nunca pasa de largo. Es decir, en toda la galería de los relatos evangélicos aparece siempre una detención del corazón pastoral de Cristo cuando alguien le reclama a partir de su situación, porque **la salvación va a tener una actualidad inmediata y transformante en cada persona a partir de la realidad que ella vive**. De la misma manera, nosotros no podemos pasar de largo frente al reclamo de nuestra gente. Es una dimensión de la tarea pastoral que va a tener una importancia enorme y que es correspondiente a la acción comunitaria, porque la madurez de la persona individual, y esto está en el centro de la Acción Católica, está en función de su integración en la comunión eclesial, no es un proceso individualista sino que su vínculo con el Señor se expresará en la madurez y en la progresiva integración en su comunión comunitaria; y la calidad de esa experiencia comunitaria estará determinada por la madurez de su propia fe, que requiere cada vez más una adhesión profundamente personal y vivida como algo experimentado y vivido en el corazón de cada persona, y para lo cual nosotros le damos instrumentos de avance y de crecimiento.

Antes de desarrollar los tres paradigmas que quiero proponeros, aunque luego lo diré en la parte final de la charla, quiero que nos fijemos en la atención al aspecto vocacional. Esto es una cosa muy delicada en la Acción Católica, ya que el arco de la atención pastoral a la que se atiende abarca prácticamente el curso de la vida entera, y ha de responder a la pastoral del pueblo de Dios en su conjunto no al carisma de un movimiento apostólico sino la animación del pueblo de Dios en cuanto tal, sobre todo en su compromiso misionero y antiguo, y en su realidad cristiana en la sociedad presente y abierta.

¿Qué sucede? Que el aspecto vocacional va a ser muy importante en su tarea de acompañamiento, es decir, ustedes no pueden acompañar a un niño ni a un joven en su proceso de discernimiento vocacional como si fuera necesariamente un laico enciernes del cual despachamos su vocación laica. La novedad del Vaticano II con respecto a la vocación laical es que el laico no es una vocación de descarte, que queda entre aquellos que no han recibido una vocación consagrada. La vocación entendida desde el Vaticano II, que es el momento en el que la Iglesia ha desarrollado una teología mucho más afinada de la vocación, **es una iniciativa divina que alcanza una**

concreción histórica, tanto para el consagrado como para el laico. Por tanto, un joven miembro de la Acción Católica que quiere vivir el seguimiento de Cristo tendrá que ponerse en un horizonte de disponibilidad para ver donde Dios le llama. Por tanto, en nuestra juventud de Acción Católica el aspecto del discernimiento vocacional va a tener una importancia enorme y abierta a todos los caminos vocacionales de la Iglesia según la iniciativa del Espíritu. Y al laico, formado y adulto, que ha tomado ya sus decisiones ante la Iglesia a través de su compromiso político, familiar, profesional y social, lo tendremos que acompañar desde las características de su vocación laical y para eso nosotros también, como sacerdotes y consiliarios, necesitamos experimentar una reconversión, porque tenemos la tentación de ver en el laico un obrero de “nuestro tinglado”, que funciona en la medida en que forma parte de nuestros cuadros operativos y lo valoramos en cuanto tal. Pero el laico tiene un contexto familiar y profesional que le es esencial en su crecimiento vocacional y que hay que acompañarlo en su conjunto, no solamente en su vínculo con la comunidad cristiana inmediata, concretamente en la Acción Católica. Hay que acompañarlo en esa encrucijada, a veces complicada, de su propia vida profesional y familiar donde en función de su fe, muchas veces, se encuentra frente a alternativas muy complejas y dolorosas.

Sirva esto como prolegómenos. Permítanme ahora establecer como tres paradigmas del ejercicio de este ministerio. ¿En qué consiste este ministerio? **Es una relación personal al servicio de la madurez cristiana del individuo**, es decir, de su discipulado encaminado a su configuración con Cristo y su madura inserción en el sacramento universal de salvación, que es la Iglesia. Dispensado con una cierta periodicidad y con un cierto método, que trataremos un poco más adelante.

Paradigma cristológico

En torno a la inteligencia de este ministerio del acompañamiento personal nos hemos nutrido de diversos esquemas o modalidades. A partir de los años setenta u ochenta ha habido como dos horizontes que han predominado: uno de naturaleza más psicológica y otro de planteamiento más espiritual. Yo voy a intentar combinar los dos aspectos porque creo que el hombre es una unidad funcional indivisible, pero partiendo siempre del modelo evangélico, del modelo cristológico. Entonces el punto de partida será siempre la relación con el Señor, tal y como está descrito, sobre todo, en la alegoría del Buen Pastor (Jn 10), que resume todo lo que significa en la Iglesia el servicio al crecimiento personal. Como luego diré, ninguno, ni siquiera este primer paradigma lo podemos agotar en nuestra función, porque son analogías que tienen un punto de contacto y significación con la inteligencia de esta misión eclesial nuestra, pero que a su vez tienen sus propias diferencias.

Tomando el paradigma cristológico de Jn 10, la raíz que nosotros encontramos en este servicio se centra en aquella expresión joánica del conocimiento del Señor acerca de las personas: *“las ovejas me conocen y yo las conozco”*. Brota de una experiencia del

otro amado por sí mismo. Utiliza un verbo cercano al mundo del conocimiento teórico, pero el uso que hace del él el evangelista lo acerca más al mundo afectivo, es decir, dicho de una manera sencilla, **el conocimiento de Cristo hacia las ovejas es una relación de amor**. Este es el motor por el cual nosotros nos ocupamos personalmente de las personas, porque las queremos. Hay un arranque en la relación de ayuda que es absolutamente necesario para que ésta funcione y es que la persona se dé cuenta que yo le importo, que su vida a mí me importa, que sus problemas tienen que ver conmigo, que estoy dispuesto a gastar el tiempo con ella, a iluminarla.

Hemos de saber dar cuentas de un conocimiento que es amor, que busca el bien del otro. Se fiará la gente de nosotros si ve que yo busco su propio bien por encima de cualquier interés. Con un mutuo reconocimiento. Ustedes tienen un nombramiento canónico como consiliarios, pero no les basta para ejercer este ministerio. Si la gente no percibe en ustedes las características que les lleve a necesitar abrirles el pecho para contarles su vida y pedirles ayuda, ese título no les basta para el acompañamiento. Los curas jóvenes, llenos de inseguridad, aterrizan en la parroquia y se creen, desenvainando su *cleriman*, que todo el mundo tiene que plegarse a ellos, y es todo lo contrario, primero han de hacerse dignos de confianza si quieren que la gente les abra sus vidas y sus cosas, y estos curas han de demostrarles que verdaderamente pueden acompañarlos, quieren y están en condiciones para ello.

Ese paradigma del Señor también es una relación autoimplicativa, que no la tiene la relación meramente profesional donde el vínculo se circunscribe al tiempo determinado de la relación. Una persona que acompaña a otra en un largo proceso de su vida de alguna manera se implica con ella no solamente en ese tiempo en el que la asiste sino también en el gasto que eso supone de tiempo, de afecto y también de oración personal, y que le va ayudando a acompañarle.

Paradigma antropológico

Ya que estamos en el contexto de la dirección espiritual de los laicos me gusta muchísimo contemplar, esto que llamo, el paradigma antropológico. Un buen laico, un buen padre de familia, es una mina de oro para entender esto. No solamente el ejemplo clerical nos puede ayudar, sino que en el amor de un padre o una madre a sus hijos encontramos unas claves que son analógicas con respecto a nuestra relación, porque el pastor es padre de una comunidad y reproduce esas características del padre. ¿En qué sentido? El padre tiene un amor universal a los hijos, y el consiliario tiene que tener una acogida universal, a los que le caen bien y a los que le caen mal. Un padre ama incondicionalmente, mostrando predilección por los más débiles, los más pequeños, los más difíciles; y eso también es una señal para nosotros, para entender nuestro ministerio en esta clave. La fe, en el seguimiento de las personas, es una opción que nos abre al crecimiento y a la esperanza, a confiar en la conversión y el cambio de las personas.

Los vendedores de felicidad y de vida que fascinan a la gente se consumen en el primer tramo de la adultez y la gente luego se queda profundamente desvalida, les entra como una especie de desolación muy profunda, no encuentran en su mochila una razón para vivir y una de las grandes cosas que podemos hacer por ellos es levantar su corazón a la esperanza, y creer en lo que Dios les promete y les ofrece, que significa siempre un más donde lo mejor está por venir.

En esa función pastoral nuestra ayuda podrá ser eficaz solo en la medida en que nos adaptemos a los sujetos, en un doble sentido: en lo que el individuo puede comprender a partir de su experiencia y en lo que el individuo puede realizar en función del grado de madurez de su libertad. Por ejemplo, me viene un joven de dieciocho años y me pone a caldo la Iglesia, los curas, los obispos; si yo me pongo a discutir con él sobre que la Iglesia es santa y demás, no saco absolutamente nada, porque le falta una capacidad de entender ese misterio de lo que está viviendo. Lo que tendrá que rehacer primero es su relación con el Señor Jesús y desde ahí empezar a compartir su fe y tener experiencias de servicio común, que es lo que hacéis en esa pedagogía de la Acción Católica, y poco a poco ir generando la experiencia de una Iglesia que le lleve a expresar que estos son Iglesia con y como él, posibilitando una reconstrucción de la experiencia, pero a partir siempre de la experiencia del sujeto. El papa Francisco, en *Amoris laetitia*, lo expresa cuando dice que la aplicación de la ley directa e inmediata aunque sea el ideal no funciona si la persona no está en grado de vivirlo, hay una gradualidad hacia el grado de explicitación de nuestra madurez moral, y para esto el conocimiento de la persona, de sus circunstancias, de su psicología, de lo que vive es absolutamente fundamental. Esto se aprende en los Ejercicios Espirituales, cuando todos los consejos que da San Ignacio al ejercitante van precedidos por ese condicional “según lo que el director entendiera que es lo que más le va a ayudar a esta persona”.

La relación de un padre con un hijo establece una relación permanente que va más allá de los altos y bajos que se producen en la vida de una persona. Esta continuidad refleja la paternidad del amor de Dios, que es fiel en el seguimiento. Aunque el hijo realice unos tremendos desajustes o alcance grandes cotas de realización personal y de reconocimiento social, el padre se considerará siempre su padre, más allá de esos adjuntos circunstanciales, y mantendrá con él una paternidad que es un signo de fidelidad a un amor que nos constituye. De la misma manera, la presencia del sacerdote en el camino de una vida con sus altibajos es un referente permanente de la presencia de Dios en su vida.

En Jn 21, cuando el Señor reconstituye a Pedro en su misión, utilizando una terminología de la acción pastoril, utiliza dos verbos que normalmente se traducen con el “pastorea las ovejas”, pero son verbos que tienen una semántica diferenciada, uno se refiere más a la guía del rebaño y otro el otro al cuidado inmediato de las

necesidades. El pastor atiende también a las personas en sus necesidades inmediatas pero siempre elevando el tiro al proceso de evangelización, es decir, finalizado a una relación de tal naturaleza que sea para él un referente del encuentro con Cristo. Los seglares distinguen perfectamente, sobre todos los jóvenes, al cura colega cuya relación no va más allá que el compartir momentos de diversión, del individuo que realmente se va convirtiendo en un referente del Evangelio que ellos quieren vivir y de la ayuda para vivir de cara al Señor.

Paradigma de la relación profesional

En este sentido Santa Teresa decía el confesor tiene que ser sabio y santo, pero si no tuviera las dos características yo me quedo con el sabio. Esto del acompañamiento no es una cosa solamente de “bigotes espirituales”, sino se trata de ser capaces de guiar inteligentemente a la otra persona por un camino que la haga crecer. Y para ello es necesario tener, también, una cierta profesionalidad, un cierto conocimiento para poder ayudar a la persona. Conocimiento que pasa por entender, también, la sobriedad relacional que debe acompañar nuestra tarea. El profesional médico cuando yo voy a la consulta no me da un abrazo de pulpo, ¿verdad? Pues esta parquedad gestual es muy de desear también en el maestro espiritual, donde una cierta discreción siempre ayuda mucho, lo mismo que el mantenimiento de los tiempos y los espacios de comunicación que tengan un aspecto digno de un encuentro de ayuda profesional. Por ejemplo, las 12 de la noche no es una hora oportuna para mantener, vía WhatsApp, conversaciones con un hijo o hija espiritual, porque esto tiene unas características que se acercan también a ese paradigma de la relación profesional.

Estos tres paradigmas nos ofrecen, análogamente, una aproximación al ministerio del acompañamiento, pero ninguno de ellos, ni siquiera el primero, agotan nuestra tarea, porque en realidad quien cura y salva es solo Jesucristo. La autoría de la salvación dimana exclusivamente de la autoridad del Señor. Esto es muy importante tenerlo presente porque nosotros somos instrumentos, eficaces en la medida en que hagamos transparente la autoría del Señor y su eficacia, y que no polaricemos a las personas de una manera excesivamente posesiva e individualista en nosotros. Este es el problema de aquellos carismáticos que reúnen a una comunidad que desaparece cuando ellos cambian de destino. Por tanto, esto nos coloca a nosotros en una actitud permanentemente humilde, de saber cuál es nuestro lugar en esta función, y de poner en el camino de tocar la fuente de la salvación que es el Señor, guardando la relativa distancia y moderación de nuestra relación.

La analogía de la relación del padre o de la vida de familia también es limitada en el sentido de que en el amor familiar, en el amor vinculado a la carne y a la sangre, hay un elemento posesivo constitutivo, que no existe o no debe existir en la relación del

acompañamiento pastoral. Y la relación profesional está limitada en cuanto al interés, es decir, el profesional recibe un pago por sus servicios, nosotros lo hacemos desde la gratuidad, en función al servicio y a la apertura a los más necesitados. En esto subrayamos también las preferencias del acompañamiento pastoral que son complicadas de establecer al comienzo de la vida sacerdotal, ¿qué le pasa al joven sacerdote que acude a la comunidad cristiana? Que se deja devorar por todos y, poco a poco, tendrá que aprender a discernir con quien va a gastar más tiempo. Esta será un enseñanza vital porque el cura tiene dos preferencias, fundamentales, en el ministerio: lo más débiles, lo más rotos, y aquellos que van a ejercer un influjo mayor en la comunidad. Aquí es donde vosotros, como consiliarios, tenéis una tarea importantísima de acompañar, sostener, iluminar y ayudar a aquellos laicos que serán los que tiren de carro y los que lleven la comunidad cristiana adelante, los que marquen con su impronta cristiana a la Acción Católica General.

Por tanto, hemos presentado tres analogías que tienen superficie de contacto pero que también tienen diferencias importantes con lo que es nuestra propia misión.

Como mencionaba al comienzo, un aspecto que hemos de destacar es el carácter vocacional del acompañamiento y de la Acción Católica General. Fijaos una cosa bien curiosa la Acción Católica que no es un movimiento carismático particular, sino la acción pastoral del pueblo de Dios, ha tenido también unas insistencias importantes como es el método del ver, juzgar y actuar, que es un método de discernimiento, que responde a lo que ahora la Iglesia nos está proponiendo. Este método, única y exclusivamente lo entenderemos si lo vivimos en clave vocacional.

Os pongo un ejemplo: una madre de familia que tiene cinco hijos, los cuales en el colegio participan con sus compañeros de una conversación donde cada uno presume de la profesión de sus padres. Esta chica es una investigadora oceanográfica y da cursos en la universidad internacional de Burdeos. Sus niños conversan y sus compañeros comienzan a chulear de lo que son sus mamas, y le preguntan a la hija de esta mujer, la cual contesta: mi mama es catequista. Es decir, definió profesionalmente a su madre como catequista, y cuando la niña lo contó en casa, la madre lejos de sentirse menos valorada porque no la había considerado en su cualificación académica, se sintió honradísima de ver que la centralidad que su dimensión vocacional cristiana había a travesado el corazón de su hija.

Pero, ¿qué es esto del aspecto vocacional?

Cuando hablamos del laicado tendemos muchas veces a decir que el laicado debe dar un paso al frente en la tarea evangelizadora y pastoral, y hablamos de corresponsabilidad. El CLIM, “Cristianos laicos, Iglesia en el mundo”, recoge muy bien en su título lo que es el laicado. En primer lugar dice “es Iglesia”, resaltando la dignidad del laico no como una vocación secundaria sino como la vocación propia de todo

cristiano, y luego “en el mundo”, que garantiza lo propio y específico de la vocación laical que es el ámbito secular. La palabra corresponsabilidad tiene el riesgo de que si no la entendemos bien tendemos a emplearla únicamente en el reparto de tareas a realizar por el laico. Para evitar esto debemos poner la fe en el centro de la persona, una vivencia madura de la fe antes que la tarea a desempeñar. Es el intento de vivir la fe no como algo estático sino en su dinamismo vocacional, es decir que realmente todos seamos capaces de descubrir que la fe genera un dinamismo en la persona que la hace capaz de descubrir que Dios tiene la iniciativa en su vida y que la está llamando continuamente a que se done, dándole gracias a Él y poniendo su vida al servicio de los demás. Desde esta perspectiva entenderemos el servicio que realizamos como una respuesta de nuestra fe vivida con autenticidad.

Este decálogo son pistas de sabiduría sobre el ministerio del acompañamiento que nos pueden ayudar en nuestra tarea bajando a lo práctico.

- 1. Saber escuchar con el corazón**, esto es, hacer asiento en el corazón, con verdadero interés, lo que la otra persona vive. Una escucha de calidad. Nunca es tiempo perdido, por lo que el sacerdote debe vencer la excusa del no tener tiempo para escuchar a los laicos, motivo de desaliento para muchos de ellos. La persona lo necesita porque tiene muy pocos espacios vitales donde encontrar que alguien le pregunte cómo le va. Viven un ambiente profesional que es una selva, un ambiente familiar que, a veces, es generador de sufrimientos. La recepción empática del otro, por sí misma tiene un valor terapéutico. El mismo hecho de escuchar es una herramienta fundamental para un buen acompañamiento pues, generalmente, cuando un creyente habla en profundidad de lo que le pasa en su vida, él se da las claves de lo que le conviene, es decir, el sacerdote solo tiene que apoyar suavemente lo que se alumbra en su interior creyente desde un análisis más sosegado y paciente de las cosas, pero con la ventaja de que eso se alumbra desde dentro.
- 2. La comprensión tiene que ver con la captación de sentimientos.** En términos antropológicos, cuándo una persona se siente comprendida, no cuando comparte sus ideas sino cuando hay una sintonía afectiva, cuando se da un proceso de empatía, ahí es cuando la persona se siente de verdad comprendida y que nuestra vida cuenta para ello.
- 3. Procurar no enredarse en discusiones teóricas.** La función del pastor de almas, del pedagogo, es enseñar cosas, orientar, pero no es bueno enredarse en discusiones, sino más bien iniciar procesos que permitan entender lo que el Señor propone y me invita a vivir.
- 4. Tener paciencia hasta que el sujeto descubra las cosas por sí mismo.** Ser cauto en el dirigir. El acompañamiento personal es propositivo de elementos metódicos y

pedagógicos que ayudan a la persona, pero en cuanto a las decisiones del sujeto el sacerdote ha de ser muy cauto en el dirigir, es decir, ha de esperar que la persona vaya tomando sus propias decisiones en ese camino. El ver, juzgar y actuar es un método sumamente interesante para entender el discernimiento espiritual porque los tres verbos van concatenados, es decir, hay una inteligencia creyente de la realidad, no solamente una inteligencia sociológica, hay un proceso de discernimiento, absolutamente necesario, hay una posición de la libertad final que es conclusiva del discernimiento y además es fuente en sí misma del discernimiento.

- 5. Siempre hay un lugar para desarrollar la dimensión de la fe.** Con esto vamos deshacer un dogma pastoral que vivimos en la década de los setenta y que resumidamente podría formularse de esta manera: primero el hombre y después el cristiano, cuando el hombre y el cristiano crecen a la vez, y crecen de una manera integralmente vocacional, es decir, es una llamada a la plenitud de vida también en nuestra propia humanidad, la que el Señor va marcando en nuestra vida. Con esto queremos decir, que no hay una etapa de construcción antropológica sobre la cual viene la “guinda” de la fe, el encuentro con el Señor, sino que son cosas progresivas. La vida de fe se va alumbrando a través de las etapas del crecimiento del sujeto de una manera uniforme en el contexto de su propia vida. Por tanto, esa referencia a la fe siempre será útil.
- 6. La relación con Cristo, aun cuando madura o inmadura, sana.** ¿Por qué? Porque nuestra relación con el Señor se resiente, también, de nuestras inmadureces, nunca es absolutamente madura ni plena, todos interpretamos muchas veces lo que nos dice al aire de nuestras comodidades. Pero, en lo que tenga de verdadero y real ese encuentro tiene también una virtualidad sanadora. Esto pone el acento en la dimensión vocacional del acompañamiento, es decir, qué es lo que el Señor me pide, qué es lo que me invita a vivir en esa relación que es una llamada a la plenitud de vida.
- 7. Procurar la excentración del sujeto.** La relación de ayuda no debe quedar en la gratificación afectiva que produce, ni siquiera en la autoestima del sujeto que procura. Su finalidad apunta a una trascendencia oblativa de la persona hacia el amor de Cristo y de sus hermanos, realizada a través de una existencia servicial. Es el gran reto pedagógico donde se dan la mano la maduración humano-psicológica del sujeto y su crecimiento espiritual. La persona madura en la medida en que el centro de su atención sale de sí mismo hacia los demás. La persona madura en la medida en que se ha descentrado de su propio sentir, de su propio interés.
- 8. Ser testigo de esperanza.** Este estilo de persona, cuyo centro vital es el Señor y vive descentrada de sí misma, se convierte en un testimonio de esperanza para

cuantos entran en contacto con ella, y son capaces de transmitirla a las personas acompañadas.

- 9. Aprender a asumir la transferencia del rol del padre ausente.** Hoy vivimos en una sociedad sin padre y el acompañante hará de padre, y esta relación el sacerdote ha de saber manejarla con mucha sabiduría y prudencia, siendo consciente de ello y tratando de superar la relación de dependencia.
- 10. Tener siempre presente el objetivo de que una buena pedagogía tiende a hacerse innecesaria,** es decir, el acompañamiento espiritual tiene como finalidad que la persona, sobre todo el adulto, camine por su propio pie, y aunque tenga necesidad en un tiempo largo de camino cuanto más innecesaria se haga la relación mejor es, más madura es. En todo momento se ha de evitar las relaciones posesivas y de excesiva dependencia.

Retiro espiritual

Ptro. José Antonio Álvarez,
Viceconsiliario de Manos Unidas

Vamos a comenzar pidiendo al Espíritu del Señor que nos acompañe en esta tarde, donde tras las reflexiones del padre Germán, esta mañana, y vuestro trabajo de grupo podamos seguir rumiando esta gran tarea que tiene que ver con nuestro ministerio de acompañar y ayudar a que otros puedan acompañar los procesos de fe.

Pues invocamos al Espíritu Santo para que venga en ayuda de nuestras debilidades:

Ven Espíritu Santo
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos el fuego de tu amor.
Envía Señor tu Espíritu y todo será creado,
y renovarás la faz de la tierra.

Dios te salve María...

Gloria al Padre...

Santa María, Madre de la Iglesia
Ruega por nosotros.

En esta tarde me atrevo a presentaros como dos iconos o dos pistas distintas, pero que pueden ser complementarias para la oración de esta tarde. En cualquier caso la charla de D. Germán y vuestro trabajo puede servir de luz para vuestra oración de esta tarde.

En primer lugar parto del proyecto de Acción Católica General “A vino nuevo, odres nuevos”, cuando al hablar de espiritualidad y sobre la misión del consiliario, dice: “el centro unificador de la espiritualidad del presbítero es la caridad propia del pastor, que nace de la identificación con Cristo Pastor y de un corazón que quiere servir al pueblo de Dios”. Aquí está la gran fuente de nuestra misión como consiliarios en el servicio a nuestros laicos en el pueblo de Dios, e incide en el centro unificador: la caridad propia del pastor.

Por eso, esta tarde os propongo como primer texto 1Pe 5:

“Así pues, a los presbíteros entre vosotros, yo presbítero con ellos, testigo de la pasión de Cristo y partícipe de la gloria que se va a revelar, os exhorto: pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas

con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño. Y, cuando aparezca el Pastor supremo, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria. Igualmente los más jóvenes: someteos a los mayores. Pero revestíos todos de humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios, mas da su gracia a los humildes”.

El apóstol exhorta a una comunidad cristiana que pasa por momentos difíciles, en el Asia Menor, donde vive momentos de impaciencia porque parece que las promesas del Señor no se cumplen y Pedro, desde Roma, en torno al año 60 d.c., dirige estas palabras a los ancianos, a los presbíteros. Como sabéis bien, es un momento donde todavía en la comunidad cristiana los ministerios no están del todo diversificados, por tanto, creo que son palabras que también nos pueden servir a nosotros para revisar nuestro ministerio en el servicio como consiliarios de la Acción Católica General. Esta palabra del apóstol Pedro puede interrogarnos en cómo estamos viviendo y ejerciendo nuestro ministerio como pastores de este pueblo de Dios.

Lo primero que llama la atención es cómo se presenta Pedro, el apóstol elegido por el Señor. Lo primero que dice es: “presbíteros entre vosotros, yo presbítero con ellos”. **Pedro vive el ministerio no de modo aislado, sino sintiéndose copresbítero**, compartiendo una responsabilidad común. Cuando el proyecto de la ACG habla de la tarea del consiliario, el primero de los rasgos que atribuye a los presbíteros es que han de vivir la espiritualidad propia de su presbiterio diocesano, en el ámbito secular. De algún modo, así se presenta Pedro, copresbítero, algo que no puede vivir sólo o aisladamente, sino en comunión con otros a los que el Señor también ha elegido para una misma tarea.

Quizá nosotros, también en nuestras diócesis, podemos a veces prescindir o no cuidar suficientemente este rasgo esencial de nuestra espiritualidad sacerdotal. No lo somos solos, aisladamente, sino en comunión con aquellos que han recibido una misma vocación, un mismo sacramento. Pedro, inmediatamente después de reconocerse copresbítero, se reconoce **testigo de la Pasión de Cristo**. Es aquel que se entrega y que también vive la entrega de Jesucristo, su sufrimiento, su dolor y sus desvelos. ¿Cómo nos presentamos nosotros ante la comunidad cristiana? ¿Podemos decir como Pedro que somos testigos de la Pasión de Cristo, de la entrega hasta el extremo, o hay en nuestras vidas tendencias a la reserva, tendencias a lo que me gusta, a lo que me siento más cómodo? Pedro se dice a sí mismo testigo de la entrega, testigo de la pasión, testigo del servicio hasta la muerte y muerte de cruz.

Y dirá también Pedro, como tercera nota de su presentación, **partícipe de la gloria que se va a revelar**. De algún modo, el apóstol Pedro en medio también de esa misión ya hace presente con su vida la gloria, el gozo de la entrega, el gozo de vivir una vocación que es un don de Dios y que le sitúa al servicio de sus hermanos. San Ireneo dirá: la gloria de Dios es el hombre viviente. De algún modo cuando Pedro dice de sí *partícipe*

de la gloria que se va a revelar, está anunciando que la vida del apóstol es una vida que hace presente la victoria por medio de la entrega, por medio del servicio, por medio del abandono. Y ¿a qué exhorta Pedro? a pastorear el rebaño que tenemos a nuestro cargo.

El Papa Francisco en EG 31, hablando del pastoreo nos dice como llevarlo a cabo: “a veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos camino”.

Así se nos invita a considerar el pastoreo desde esta triple tarea: en ocasiones al frente, alentando, dirigiendo y acompañando, pero en ocasiones también situándonos en medio de la comunidad, aquello que San Agustín tan bellamente expresaba “con vosotros cristiano para vosotros obispo” y finalmente, nos tocará también estar por detrás, alentando la fe de los más sencillos, de los más débiles, de los que en ocasiones tienen sus resistencias y sus dificultades, para poder vivir también el don de la fe en comunidad, en comunión con los hermanos. Y hacerlo, como dice San Pablo, no movidos por la fuerza, sino movidos por el amor, de buen grado ante Dios. La tarea, en ocasiones, pudiera sentirse como carga o quizá como fatiga, porque a veces nuestros desvelos, nuestros programas pastorales, nuestras ideas parecen no salir a flote o no salir tan claramente como esperábamos o deseábamos. Y en ocasiones podemos vivir el ministerio como una carga y sin embargo el apóstol Pedro nos habla precisamente de que la tarea, la misión, no hemos de realizarla a la fuerza sino de buena gana, como Dios quiere.

De algún modo este gozo necesita de una renovación interior. El ministerio del anciano, para poder ejercerlo como Dios quiere necesita del camino del amor, del camino del servicio como el gozo de vivir en la entrega, **como la alegría de encontrar la vida entregándola**. Lo que dirá el Señor: “No hay mayor alegría que dar la vida por los hermanos” (Jn 15, 13). Cuantas veces, quizá, nuestro modo de evaluar el ministerio tiene que ver con los modos o con los números. Ante esta tentación, que muchas veces a los eclesiásticos se nos cuele, el apóstol Pedro nos invita a pastorear por la entrega, por el servicio, experimentar la alegría de servir, la alegría de entregarse para dar vida y hacer posible la vida de los hombres.

El apóstol nos exhorta a actuar no por el interés egoísta sino con generosidad, hacer del desinterés el signo de identidad del pastor, no como aquel que busca su propio beneficio sino que busca el bien de los demás, la entrega, el hacer felices a los que están junto a nosotros.

Y finalmente dirá no como déspotas, sino **como modelos del rebaño**. No con esa prepotencia despótica que pudiera parecer que somos dueños del rebaño, del que tan

solo somos servidores y miembros. Por tanto, esta caridad surgirá del mirar a Jesús que no se reserva para sí, que siendo Dios se hizo hombre, que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. La kénosis de Cristo como camino para la gloria, como camino también de fecundidad. Por tanto, este ministerio que el apóstol Pedro nos invita a vivir tiene en Jesús y solo en Él el camino, la verdad y la vida. El camino es la sencillez y la humildad para hacer presente al Gran Pastor, que es Cristo el Señor.

Pero también encontramos algunas tentaciones en nuestro ejercicio del ministerio y en nuestra tarea como consiliarios de Acción Católica General. Por ejemplo:

- **La fatiga pastoral**, ese cansancio al que a veces nos vemos sometidos los presbíteros. Nuestras reuniones de presbiterio o de arciprestazgos muchas veces se sostienen en la queja de que no hay suficientes agentes de pastoral, de que somos pocos, de que no hay compromiso y, a veces, esto va generando en nosotros una cierta desazón. Muchas veces esta fatiga tiene que ver con haber apartado nuestros ojos de quien es el Pastor Supremo, el Señor de nuestra vida. Renovar nuestra espiritualidad, nuestro encuentro con el Señor, será fuente de vida, para superar las adversidades, para no esperar solo los frutos, sino para encontrar en la caridad pastoral, la entrega de nuestra vida al servicio de los hombres, la fuente de nuestra espiritualidad, de nuestra vida espiritual. Experimentar que hemos sido amados y elegidos, y Él nos ha confiado su grey.
- **Las compensaciones bajo capa de bien**. Algo que San Ignacio de Loyola advierte a los ejercitantes en la segunda semana, como la gran tentación del enemigo. Esa tentación que no se presenta de un modo contrario a nuestra vocación pero que puede, en muchas ocasiones, ser la tentación que va debilitando y desalentando el ejercicio de nuestro ministerio. Esas ambigüedades en las que a veces nos movemos buscando el afecto de los demás, la imagen, esas compensaciones afectivas, eso sí bajo capa de bien, con el deseo de Dios y su Evangelio. Pero, sin embargo, tantas veces, agostando ese espíritu en nosotros. Y por eso, necesitamos abrirnos a la acción purificadora del Espíritu, necesitamos también que este espíritu de Jesús nos ponga en verdad. Para ello San Ignacio sitúa ante el misterio de Cristo. Vernos libres de toda acepción desordenada no será solo, ni fundamentalmente, fruto de nuestra genialidad, será ante todo obra de un Dios vivo y despierto, que en Jesucristo nos ha enseñado el camino para ser libres, para vivir en plenitud. Contemplar los misterios de la vida de Cristo hará posible esta libertad del corazón, esta capacidad de entrega por amor, con amor y en el amor.
- **Falta de libertad frente a nosotros mismos**. Muchas veces, después de haberlo dejado todo nos quedamos empeñados en nuestros criterios, en nuestros modos de concebir la realidad incluso eclesialmente. Nos falta seguir mirando,

en la tercera semana lo hará San Ignacio, a la Pasión de Cristo para darnos cuenta de que el camino que lleva a la gloria es el camino de la entrega, es el camino de la cruz, y así se nos dijo el día de nuestra ordenación sacerdotal: *“configura tu vida con el misterio de la cruz del Señor”*. Aprendamos a mirar a Cristo que se humilló, se anonadó para darnos vida.

Finalmente, dice Pedro, en estas recomendaciones al buen pastor, cuál es la herencia. Es esa corona inaccesible de la gloria, pero una corona que recibiremos a su tiempo, cuando aparezca el Pastor Supremo. Cuanta impaciencia en nuestras estrategias pastorales, en los procesos personales y, sin embargo, Pedro al hablar a estos ancianos les dice: recibiréis la corona cuando aparezca el pastor supremo. Algo que también, San Rafael Arnaiz tuvo como lema de su vida *“el arte del cristiano es saber esperar”*. Cuantas veces en nuestra vida queremos los resultados inmediatamente, también apostólicamente y eclesialmente.

Quizá hoy es un buen momento para pedirle al Señor la virtud de la esperanza, que sabe reconocer la obra de Dios en medio de nosotros. Saber mirar el cómo Dios obra, como dirá San Ireneo: *“lo propio de Dios es hacer, lo propio del hombre es ser hecho”*. Nuestras comunidades están siendo hechas por obra del Espíritu, nuestros grupos están siendo sostenidos, alumbrados por el Espíritu de Jesús. Qué necesario es pedir ojos para ver y reconocer esta iniciativa para que la alegría, la corona inaccesible de su gloria, sea también hoy entre nosotros un motivo de esperanza para seguir creyendo.

Y por eso, me atrevo, en la segunda parte de este retiro proponeros acercarnos al modelo de entrega al Supremo Pastor en relación con esto que estáis estos días compartiendo sobre el acompañamiento, porque me parece que precisamente también Jesucristo nos da a lo largo de toda su vida, de muchos modos y maneras, enseñanzas de cómo llevar a término este ministerio del acompañamiento, que a veces nos resulta complejo pero que sin embargo es tan esencial en la vida de nuestras comunidades. Incluso también, pistas para saber iniciar a nuestros responsables en la comunidad para poder ejercer este acompañamiento.

Para ello utilizaremos el texto de los discípulos de Emaús, porque me parece que en este camino que Jesús realiza con estos discípulos, se nos dan algunas claves del verdadero acompañamiento. El que el Señor ha hecho con nosotros y el que también nosotros debemos hacer posible en la vida de otros.

Cuando el Papa Francisco en EG 3, habla sobre que hay que transformar el método de la evangelización en un método profundamente misionero, dice: *“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso”*.

Al contemplar esta escena pidámosle al Señor que nos conceda la gracia para poder ser instrumentos de su presencia, que sepamos acompañar para hacer posible una vida nueva, la de nuestros hermanos, en la comunidad cristiana al servicio de los demás en el mundo.

El encuentro sucede donde están estos hombres. El Señor es el que se acerca a este camino de Jerusalén a Emaús. Y allí están estos hombres, estos discípulos, saliendo de Jerusalén, donde es el lugar por excelencia con el resucitado y, sin embargo, es saliendo de este lugar donde el Señor se hace presente. **El encuentro sucede donde la gente está**, no donde nosotros quisiéramos que estuviese, sino donde ellos se encuentran. Y es allí donde Jesús se hace presente, en la vida de la gente, en la historia del mundo, en medio de los cruces de caminos, allí se acerca el Señor, se hace presente el Señor.

Jesús se hace primeramente presente escuchando. Es Él quien escucha mientras conversaban y discutían. Jesús se acerca y se pone a caminar con ellos. Es este modo de estar en la escucha, interesándose por la historia de los hombres, por sus luces y por sus sombras. *¿Qué conversación es esta que traéis mientras vais de camino?* Dejar que los hombres se expresen, dejar que puedan abrir su corazón en lo que su corazón hay. *¿Eres tú el único forastero de Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?* Y Jesús, sabiendo bien, se interesa por la frustración y el dolor, y Él no permanece indiferente, se conmueve ante esta queja, ante este sufrimiento, ante este dolor. Los hombres son autorreferenciales, como estos discípulos, que solo hablaban de lo que ellos pensaban que sería el libertador de Israel y, ante esto, Cristo permanece, Él está presente. Sólo así, desde aquel que se sabe escuchado, amado y acompañado, podrá surgir la comunicación verdadera, tan necesaria para que el hombre viva. Muchas veces, la gran dificultad que bien tenemos nosotros pero que también se da en nuestras comunidades es la falta de comunicación. Porque nos sentimos y, también hermanos nuestros, se sienten juzgados antes que escuchados, se sienten en ocasiones empujados a darnos la respuesta de lo que nosotros queremos oír, más que realmente aquello que están viviendo y sintiendo. Jesús no es así, Él escucha el dolor, favorece la comunicación sincera y verdadera, para después, en un segundo momento poder anunciar. Y anunciar esa palabra que comunica, *qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas, no era necesario que el Mesías padeciera todo eso para entrar en su gloria*. Este anuncio de Jesús, de su presencia y de su persona a lo largo de la historia es una palabra que ilumina y que esclarece la historia conocida pero no suficientemente comprendida por estos hombres de Emaús. Es una palabra, la de Jesús, que provoca un deseo, que mueve el corazón, que transforma la vida. El Para Francisco en EG 8: “Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios

que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?”

Es por tanto, una palabra que no deja indiferente, pero es necesario escucharla habiendo previamente sentido que Jesús es el que me ama, es el que respeta mi libertad, es el que favorece la vida, es mi aliado como salvador. Y solo entonces esa palabra irá acompañada de una presencia entregada. Estos que empiezan a desear que el Señor se quede con ellos, *“quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída”*, dice el texto que le retuvieron. De algún modo ha surgido ya un gran deseo porque Jesús se quede, porque Él se haga parte de mi vida y de mi historia. Será entonces cuando el Señor compartirá el pan, que no será solo un mero rito, sino la expresión sacramental y permanente de la vida del Maestro, el que da la vida. Cuando el padre Rainero Cantalamesa comenta la fracción del pan, dice que cuando Jesucristo al instituir la Eucaristía dio el mandato *“haced esto en memoria mía”*, no sólo quería decir hacer exactamente los gestos que yo he hecho, repetid el rito que yo he realizado, sino que con aquellas palabras quería expresar lo más importante, *haced la esencia de lo que yo he realizado, ofreced vuestro cuerpo en sacrificio como habéis visto que yo he hecho. Hay algo todavía más urgente y doloroso en aquel mandato de Jesús: nosotros somos su cuerpo, sus miembros, es como si Jesús nos dijera: permitidme ofrecer al Padre mi propio cuerpo que sois vosotros, no me impidáis a mí mismo al Padre, yo no puedo ofrecerme al padre hasta que no haya ni un solo miembro de mi cuerpo que se resista a ser ofrecido conmigo. Completad pues lo que falta a mi ofrenda, haced plena mi alegría. De algún modo en este partir el pan Cristo está entregando toda su vida.*

Estos discípulos pueden llegar a reconocer al Señor, porque en la entrega reconocen el amor verdadero, porque ya no es una mera palabra, sino que es palabra y hecho la que constituyen la razón de la credibilidad de estos discípulos, *“se abrieron sus ojos y le reconocieron al partir el pan”*. San Agustín dirá, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos.

También a nosotros, como consiliarios, estamos llamados a hacer presente los misterios, los sacramentos, pero sabiendo que éstos no son solamente ritos sino que son vida que estamos llamados a hacer presente con la entrega total de nuestra existencia, con esta fecundidad que el misterio de la Eucaristía nos revela y que Cristo junto a los discípulos de Emaús también expresa. Ser Eucaristía significa estar totalmente abandonados a la voluntad del Padre.

Será así cuando estos hombres dirán *quédate con nosotros*. Un alimento, el de la Eucaristía, que hará de estos hombres partícipes de la lógica de Dios: la acogida y la hospitalidad. Se les abrieron los ojos y lo reconocieron. De algún modo, lo que sucede

en Emaús cuando reconocen al Señor, es que la vida de estos discípulos no permanece del mismo modo, la hospitalidad, la caridad se hace presente en ellos. A ese peregrino, al Maestro y al Señor, le dicen quédate. Es la caridad, es la hospitalidad, es la acogida, el signo que manifiesta la vida nueva del resucitado en la vida de estos hombres, que han pasado de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo. San Gregorio Magno, hablando de la hospitalidad de los de Emaús dice, “por qué decimos que le invitaron cuando realmente lo que está escrito es le obligaron”. De este ejemplo se entiende que los peregrinos no solo tienen que ser invitados sino atraídos con insistencia. Escuchando los preceptos de Dios no fueron iluminados, mientras que sí lo fueron cuando los llevaron a la práctica. Amad pues la hospitalidad, amad las obras de caridad.

Y finalmente, estos que han acogido al maestro, que le han abierto las entrañas, son los que vuelven a Jerusalén. Este encuentro con Cristo vivo que nos abre a la caridad y a la fraternidad, nos abre a la comunión fraterna. No podremos ser verdaderos discípulos del Maestro si no es en la comunión. Y vuelven a Jerusalén donde están los apóstoles, donde están las mujeres y escucharán aquellos relatos que hablan de que el Resucitado está vivo y presente. Aquello que decía ya San Cipriano: *“Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre”*. Esta que es también una de las notas propias de la ACG, la comunión de los laicos y los pastores en la misión de la Iglesia, nunca aislados, nunca como francotiradores, nunca en solitario, responde a la naturaleza de la comunión eclesial que es siempre fraterna. *Y es entonces cuando ellos contaron lo que les había pasado por el camino*. Esto es lo que deseamos que sean nuestras comunidades: misioneras, evangelizadoras, que anuncien y proclamen las maravillas de Dios en medio de nosotros. Así son estos discípulos después de este encuentro, después de esta participación en la misma vida de Jesús que no les dejará indiferente.

No puedo dejar, en esta semana y como viceconsiliario de Manos Unidas, de mencionar lo que estas mujeres de Acción Católica, hace casi sesenta años, vivieron como expresión de este encuentro. Su corazón no se quedaba conforme con estar y tener lo que tenían en esta sociedad española. Estas mujeres, ante esta experiencia de encuentro con el Resucitado, dijeron: hay hambre en el mundo, el mundo es el lugar ya del encuentro con Jesucristo, ya no lo será solo mi parcela, mi comunidad, sino que el grito de Dios en los más pobres, en todos los lugares de la tierra, es parte de mi vida y de mi historia, a la que no puedo permanecer indiferente. Y así, estas mujeres comienzan esa batalla contra el hambre, de la que hoy la Iglesia en España sigue siendo portadora y testigo. Hay hambre en el mundo de la que no podemos ser indiferentes porque el Señor ha abierto los horizontes, los caminos, y hay una humanidad en la que el creyente ha de decir: es mi hermano y no puedo cerrar mis entrañas.

Pues ojalá, que el testimonio de estas mujeres y de tantas otras, y de nuestras comunidades de Acción Católica General sigan alentando la esperanza de gritar al mundo que merece la pena de seguir siendo testigos de esperanza de un Dios que está con nosotros.